

Eugenio Orrego Vicuña

## Donde se trata de la historia de Don Quijote y de cómo han juzgado ingenios de diversas lenguas y tiempo



¿QUÉ era don Quijote? ¿Qué Sancho y Dulcinea? ¿Cuáles habían sido los propósitos del Hidalgo al escribir su libro impar? ¿Cuál la clave posible? Pasada la hora de la risa, abiertos por fin los cauces de la reflexión, empezaron los intérpretes a salir, señalándose los grandes ingenios del mundo por su esfuerzo en traducir el misterio cervantino a través de la propia y peculiar sensibilidad. Afluyeron los comentaristas y los eruditos, los gramáticos de buena ley, los buscadores de pies de gato, los embotronadores de papel, los grafómanos impenitentes, y día llegó en que el texto del Príncipe se vió sumergido en un mar de tinta. Los Clemencin y los Rodríguez Marín, sabios y doctos ciertamente, acotaron, anotaron, discurrieron y hasta se trabaron en polémicas y batallas.

¿Qué era don Quijote? ¿Qué Dulcinea y Sancho?

La gente superficial de antaño y ogaño sólo supo ver una sátira contra las novelas de caballería, un latigazo de ingenio a la viciosa afición de las gentes de una época por cierta literatura en que se abrían compuertas a lo imaginativo que se esti-

maron excesivas. Pero esos librotos cayeron en olvido cuando la magia del Libro empezaba apenas a producir sus primeros efectos en hondura. Otros, más sutiles, creyeron adivinar la crítica de un sistema político, económico y social determinado (la España de comienzos del siglo XVII) y aun hubo gente que atribuyó a Cervantes propósitos de psiquiatra y embelecocos de orden freudiano.

Entre los intérpretes más ilustres se cuenta don Miguel de Unamuno que, en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, realizó un ensayo rico en pensamiento, elegante y delicioso en el estilo, lleno de exquisita agudeza, laminado de reflexiones hondísimas, pero asaz arbitrario, como que al exaltar al Caballero a la altura simbólica que nadie puede ya negarle, sustituyó el genio de don Miguel, posponiéndolo en aras de algo juzgado por él como infinitamente superior; mostró que el Hidalgo, en símbolo y en carne, tiene vida independiente de su creador, lo que desde luego puede y debe admitirse, pues en el héroe han ido a confundirse los sentimientos, los ideales y hasta los effluvios de altísimos espíritus, por encima de razas, lenguas y literaturas, al modo de una confluencia de fuerzas fecundadoras, de polarización de corrientes inapreciables del alma universal. Todo esto, que el salmantino intuía sin duda al escribir, porque no lo expresó así, que yo recuerde, no lo autorizaba a subestimar al autor. Más discreto sería considerar a ambos de modo paralelo, pues uno y otro viven con independencia de los accidentes de su vida, real el uno, y de su propia potencia psíquica ya autónoma el otro. ¡Qué admirables vidas paralelas de los dos Hidalgos pudieran escribirse!

Un intérprete discretísimo, al que no faltó hondura, pero sí una mayor perspectiva humana, ha sido Miguel S. Oliver. «Con el momento literario o declinación de la novela de aventuras, escribe, coincidía un gran momento nacional o declinación del imperialismo hispánico, un gran movimiento universal o declinación de las edades heroicas. Tres planos, tres horizontes de

diversa amplitud pero de misterioso paralelismo que el artista, sin proponérselo, probablemente sin sospecharlo, acertó a enlazar y fundir.

¿Sin proponérselo? ¿Sin sospecharlo? ¿Hasta qué punto Shakespeare y Miguel Angel, intérpretes del Renacimiento, eran sujetos semi conscientes o del todo inconscientes, a través de los cuales se expresaba un demonio interior, canalizando los ímpetus, el sentido, el alma de una época? ¿Ignora el genio su propia fuerza y potencia? En verdad el genio no se ignora a sí mismo; puede carecer de imperio inmediato sobre su época y escapársele o ignorar su influencia en la evolución del pensamiento, ya que éste sigue a menudo caminos subterráneos que no pueden percibirse contemporáneamente. Es condición de lo genial, aun cuando no se exprese ni trasluzca, tener conciencia de la propia valía. Los medianos nunca dejan de sobrestimarse, mas los de naturaleza superior, aquéllos a través de los cuales el Espíritu opera, nunca pueden subestimarse.

Cervantes, contrariamente a lo supuesto por críticos superficiales—superficiales o cautivados por la propia teoría que siempre los críticos juzgan la propia teoría como única buena—, no fué el hombre de una obra única, no fué sólo el autor del *Quijote*. Sus libros anteriores, sus dramas, sus comedias, sus versos, su *Galatea* y su *Persiles*, sus *Novelas Ejemplares* en fin, no eran cosa baladí; todas ellas fueron piezas de un conjunto; borradores, como quien dice, que contenían esbozos de la obra definitiva. Tal vez fueran tiempos de una misma construcción musical. Si no parte de un todo—admirables partes—puede tenerse las por etapas en la realización artística del autor, etapas de un fruto que en la vida del Manchego maduró. Y ese fruto era, también, el fruto de la vida de Cervantes, carne y sangre de su vida misma, suprema esencia de su espíritu.

Porque don Quijote y don Miguel se complementan, se combinan, se expresan uno a otro y uno y otro vienen a ser como cristalizaciones de una misma corriente vital. Don Quijo-

te es la expresión de lo que Cervantes aspiraba a ser, de lo que realmente fué en las horas supremas, en aquellos momentos en que parecía querer salir de las prisiones de la carne, y escaparse a las presiones y a las modalidades de su tiempo, cuando Lepanto, cuando la heroica abnegación cristiana de las mazmorras de Argel, cuando en la cárcel de Sevilla nacía el Quijote, porque parece misterio ejemplar del cristianismo que los arranques supremos a lo ideal broten en los pesebres y en las cárceles.

Don Miguel y don Quijote son de una misma sangre y tras de lo mismo van. Pero don Miguel es más de carne o tiene menos tiempo para los afanes de propia perfección, o la voluntad no es tan poderosa para la guerra encendida entre él y lo peor y más duro de su siglo. En cambio don Quijote ha permanecido al margen de las pequeñeces de la Corte, de los apetitos, de las envidias literarias; ha pasado en su aldea, entre gentes sencillas y humildes, preparándose. Preparándose para su vida pública, y en ese largo prepararse que consume la mayor parte de sus años, porque su carrera apenas llena el espacio de algunos meses, tuvo ocasión y sosiego, sin mezcla de tentación ninguna. Como no andaba en palacios ninguna palaciega miseria vino a turbarlo; como tenía de qué vivir, el pan y la olla asegurados, no conoció ese veneno de mendigar lo que nos deben, que ha enturbiado tantas vidas ilustres. Lo necesario tenía y por eso pudo mantenerse puro. Y hasta él descendieron los sueños y en él encarnaron. Así nació la andante caballería espiritual, que es, dentro del siglo, darse, dar, ofrecer sin esperanza ni deseo de retorno, salir por los caminos a combatir el mal y propiciar el bien; no querer premios, entregar las ínsulas a los escuderos, tener un culto y labrarle altares a fuerza de pecho y corazón. Eso fué don Quijote, y con él los quijotistas en su porción de quijotismo. Esa era la aspiración nunca confesada, nunca del todo cumplida, pero siempre en función de llegar a ser, que animó la vida de Cervantes.

Los esotéricos, es decir los que han buscado desentrañar el misterio del Quijote (no hablo de los cazadores de claves, que alguno hubo tan zonzo como para imaginar en el héroe la contra imagen de aquel pobre diablo de Lerma, sin hacer memoria de otras parecidas sandeces); los esotéricos, siguiendo los pasos de don Nicolás de Benjumea, que no por no bordar sutilezas retóricas en ensayos tan elegantes como bien amañados, dejó de ser más profundo que muchos, han creído ver en el Manchego la imagen del otro Hidalgo. Había mucho de él, naturalmente, porque los escritores proyectan su imagen, o fracciones de sí aun sin quererlo, aun sin buscarlo. Había de él lo que él tenía de Quijote, que no era ciertamente poco, pero no era ni pudo ser una trasposición de sí mismo, en el sentido que Benjumea y los de su escuela pretenden.

Ya diremos, haciendo valer la intención quijotesca en descargo de audacia, lo que el Quijote es; mejor dicho lo que pensamos que el Quijote pueda ser.

Y entre tanto, examinemos, siquiera ligeramente, las opiniones sustentadas por algunos escogidos ingenios del mundo.

Entre los españoles la repercusión universal de ambos Hidalgos no fué cabal hasta Menéndez y Pelayo, a pesar de figurar entre los exégetas literatos de la talla de Hartzenbusch, Fernández Guerra y el fino don Juan Valera, que todos ellos, con elogiar a Cervantes, no lo desemparejaban mucho de Lope, y a éste solían encumbrarlo a la altura de Shakespeare, que tanto suele picar el amor patrio. (Y nada digamos de la numerosa familia de comentadores cervantistas en que descollaron el docto Clemencin y el atildado Rodríguez): Menéndez y Pelayo ha dejado en páginas hermosas, conceptos clarísimos. Llámale «el primer ingenio de nuestra nación y el primer novelista del mundo».

«La obra de Cervantes, apunta en un ensayo medular, no fué de antítesis, ni de seca y prosaica negación, sino de purificación y complemento. No vino a matar un ideal, sino a transfi-

gurarle y enaltecerle. Cuanto había de poético, noble y hermoso en la caballería, se incorporó en la obra nueva con más alto sentido. Lo que había de quimérico, inmoral y falso, no precisamente en el ideal caballeresco, sino en las degeneraciones de él, se disipó como por encanto ante la clásica serenidad y la benévola ironía del más sano y equilibrado de los ingenios del Renacimiento. Fué de este modo el *Quijote*, el último de los libros de caballerías, el definitivo y perfecto, el que concentró en un foco luminoso la materia poética difusa, a la vez que, elevando los casos de la vida familiar a la dignidad de la epopeya, dió el primero y no superado modelo de la novela realista moderna».

Menéndez pensaba que había en Cervantes, al menos en el comienzo de su obra, cierto afán de sátira a un género literario en boga: los romances de caballería. Si lo hubo, ello quedó superado y sepultado en los primeros capítulos.

«El desarrollo de la fábula primitiva, añade, estaba en algún modo determinado por la parodia continua y directa de los libros de caballerías, de la cual poco a poco se fué emancipando Cervantes, a medida que penetraba más y más en su espíritu la esencia poética indestructible que esos libros contenían, y lograba albergarse, por fin, en un templo digno de ella. El héroe, que en los primeros capítulos no es más que un monomaniaco, va desplegando poco a poco su riquísimo contenido moral, se manifiesta por sucesivas revelaciones, pierde cada vez más su carácter paródico se va purificando de las escorias del delirio, se pule y ennoblece gradualmente, domina y transforma todo lo que le rodea, triunfa de sus inicuos o frívolos burladores, y adquiere la plenitud de su vida estética en la segunda parte. Entonces no causa lástima, sino veneración; la sabiduría fluye en sus palabras de oro; se le contempla a un tiempo con respeto y con risa, como héroe verdadero y como parodia del heroísmo, y, según la feliz expresión del poeta inglés Wordsworth, la razón anida en el recóndito y majestuoso albergue de su locura».

«En Don Quijote, apunta más adelante, revive Amadís, pero destruyéndose asimismo en lo que tiene de convencional, afirmándose en lo que tiene de eterno. Queda incólume la alta idea que pone el brazo armado al servicio del orden moral y de la justicia, pero desaparece su envoltura transitoria, desgarrada en mil pedazos por áspero contacto de la realidad, siempre imperfecta, limitada siempre, pero menos imperfecta, menos limitada, menos ruda en el Renacimiento que en la Edad Media. Nacido en una época crítica, entre un mundo que se derrumba y otro que con desordenados movimientos, comienza a dar señales de vida, Don Quijote oscila entre la razón y la locura por un perpetuo tránsito de lo irreal a lo real; pero, si bien se mira, su locura es una mera alucinación respecto del mundo exterior, una falsa combinación e interpretación de datos verdaderos. En el fondo de su mente inmaculada continúan resplandeciendo con inextinguible fulgor las puras, inmóviles y bienaventuradas ideas de que hablaba Platón».

Con verdadero acierto afirma en otra parte: «Cervantes no compuso o elaboró a don Quijote por el procedimiento frío o mecánico de la alegoría, sino que le *vió* con la súbita iluminación del genio, siguió sus pasos atraído y hechizado por él y llegó al símbolo sin buscarle, agotando el riquísimo contenido psicológico que en su héroe había. Cervantes contempló y amó la belleza, y todo lo demás le fué dado por añadidura.

Este modo de pensar, en el fondo es compartido por los exégetas cervantinos de todos los países de Occidente. Los ingleses fueron, tal vez, quienes más le admiraron, aunque no se lleven la palma en comprenderle. Leo en Azorín: «Los ingleses —me decía don José Antonio en la venta de Puerto Lapiche— «se llevan los bolsillos llenos de piedra». «Los ingleses —me contaba en Argamasilla un morador de la prisión de Cervantes— entran aquí y están mucho tiempo pensando; uno hubo que se arrodilló y besó la tierra dando gritos: ¡No veis en esto el cul-

to que el pueblo más idealista de la tierra profesa al más famoso y alto de todos los idealistas?»

Los alemanes han visto bien a nuestro hidalgo. J. L. Klein, historiador de la escena española, citado por el autor de los *Heterodoxos*, escribe: «En *El Quijote* la tierra misma, con su diaria historia y con la sociedad que en ella se agita, se va transformando en una esfera de luz, a medida que la magnánima locura del héroe esparce rayos de elevada sabiduría y divina iluminación, así como las cimas de los montes, al salir y al ponerse el sol, descuellan tan maravillosamente luminosas sobre sus oscuras faldas. De aquí multicolores interpretaciones, según el punto de vista individual de cada uno. Los que embaldurnan *El Quijote* como caja de momia egipcia, con signos y jeroglíficos, olvidan que un genio como Cervantes no bosqueja los rasgos observados en la vida y en la historia humana a la manera de un retratista o de un caricaturista, sino que, al contrario, tal genio convierte las caricaturas del día en eternos e ideales tipos, elevándolas y transfigurándolas en figuras colectivas de clases sociales enteras, sin que, a pesar de todo su simbolismo, dejen de ser figuras individuales de la vida real. No sacó Cervantes de una preconcebida idea general las figuras de don Quijote y Sancho para ilustrar la abstracta antítesis entre la naturaleza poética y la prosaica, entre la fantasía heroica y el grosero y material sentido utilitario. El verdadero poeta pinta el fondo y cada una de sus partes, de una sola pincelada; como Dios creador no concibe primero la idea del mundo en su espíritu y después le da forma, sino que idea y forma las funde y desarrolla en uno; o como el *Okeanos* de Homero hace emanar de una estrecha urna los mares que, además de su propia inmensidad, abarcan todos los ríos y reflejan cielo y tierra».

Jorge F. Nicolai, el biólogo célebre, ha estudiado a Cervantes en enjundioso estudio, escrito a pedido nuestro para la Universidad de Chile. En su concepto, la liberalidad con que mira la vida «le hace parecer moderno y le da el derecho de

sentirse como guía de los hombres». Después de recordar la bella expresión de John Keats —«algo hermoso es un placer para siempre»— y de reconocer que tenía mentalidad científica, llega a esta afirmación: «Don Quijote y su autor, si no fueron católicos militantes, tuvieron caridad cristiana». Lo fueron y la tuvieron.

En «Don Quijote» «hay la misteriosa incertidumbre de la vida real» y «Cervantes lo escribió evidentemente en un raptó de furor poético», pone en otra parte, mostrando que el Manchego se transforma cada vez más «hasta que se trueca en algo como un santo».

La transformación indudable que se observa en el Hidalgo, la progresión de sus ímpetus, el perfeccionamiento de su estilo moral, la constante superación de sí mismo, pueden compararse al fenómeno físico-moral del crecimiento. Aquí se muestra de cómo don Quijote es hijo de Cervantes y de cómo se vitaliza por sí, con independencia de su creador, dejando de ser personaje o héroe de una ficción genial para convertirse en ser vivo, con la particularidad de que a medida que crece se eterniza, en tanto su creador estuvo sujeto a la inexorable ley que preside la marcha de toda humana creatura.

Para Nicolai, Cervantes «era él mismo un *caballero andante que luchaba por la más hermosa doncella que hay en el mundo: por la libertad espiritual*». Piensa, y piensa bien, que fué un exponente genuino del espíritu libertador del Renacimiento, y que por el hecho de haber llegado su libro no sólo a mano de los doctos sino de todo el mundo, contribuyó mucho al advenimiento de los tiempos modernos. «Aunque no todos comprenden claramente el profundo sentido de *Don Quijote*, sentirán todos, por asociaciones inconscientes, como ya he expuesto, al hombre que está detrás de la obra, al hombre sano y fuerte, enemigo de todo oscurantismo y de toda superstición, y amigo de un concepto natural, o, lo que es lo mismo, científico de la vida. Pues estos vientos corren por el libro: se siente que no

saca su fuerza de un doctrinarismo escolástico o de cualquier otra índole, sino, como Anteo, de la tierra y de la vida misma. Lo que su contemporáneo Galileo había hecho para la ciencia, Cervantes lo hizo para la literatura: la entregó de nuevo a un razonable naturalismo, dejando las imágenes artificiales y volviendo a la vida real y a los hombres tal cual son». Cervantes, para el sabio alemán, y es este el más preciso homenaje alemán que yo conozca, (similar en cierto modo a la expresión de Macaulay sobre Shakespear); Cervantes continuará en pie «tan glorioso como el primer día de su gloria», «hasta que se olvide la cultura de Europa».

Los rusos han amado también a dos Hidalgos. Y no es que operen en ellos esas similitudes, más aparentes que reales, entre los eslavos y los españoles, en cuya anotación se complacen algunos ensayistas, engañados por afinidades musicales y de orden estético, acaso también por cierta común proclividad a subestimar el valor de la vida.

Dice Turguenev, escritor que fué de los más cercanos a la mentalidad latina: «Es Don Quijote, sobre todo, el emblema de la fe, de la fe en algo eterno, inmutable, de la fe en la verdad superior al individuo, de la verdad que no se revela a él fácilmente, que exige culto y sacrificio, y no se entrega sino después de larga lucha y de una abnegación ilímite».

Dostoiewsky, el más eslavo entre los grandes de Rusia, llamó el libro «más grande y triste de cuantos ha creado el genio de los hombres». ¿Triste? Triste y alegre, como la vida.

«En todo el mundo, anota el autor de *Los Hermanos Karamasof*, no hay obra de ficción más sublime y fuerte que ésta. Representa hasta ahora la suprema y más alta expresión del pensamiento humano, la más amarga ironía que puede formular el hombre, y si se acabase el mundo y alguien preguntase a los mortales: Veamos, ¿qué habéis sacado en limpio de vuestra vida y qué conclusión definitiva habéis deducido de ella? Po-

drían los hombres mostrar «El Quijote» y decir: Esta es mi conclusión respecto a la vida...» Palabras hondas.

Agrega aún, insistiendo en el acento: «Este libro, el más triste de todos, no olvidará el hombre llevarlo consigo el día del Juicio Final, y denunciará el más hondo, terrible misterio del hombre y de la humanidad en él contenido: que la belleza suprema del hombre, su pureza mayor, su castidad, su lealtad, su valor todo y, finalmente, su más grande talento consúmense hartas veces, por desgracia, sin haber reportado a la humanidad, provecho alguno». Concepto que invita a meditación. ¿No reportan a la humanidad provecho alguno? Provecho individual, de *elites*, lo hay ciertamente. Pero ¿colectivo? Cuando se piensa en las guerras mundiales de este siglo, todo inclina a reconocer validez a esa amarguísima sentencia. Mas, algo se revela en el fondo de nuestro espíritu latino, algo que contradice el pesimismo ruso con expresiones del Quijote, algo que emana de la pura y limpia sonrisa de Cervantes. La ironía puede ser fruto del dolor, pero indica siempre la esperanza de superarlo.

Los franceses, que nunca fueron largos para apreciar a los grandes de otros pueblos, no han quedado cortos en el número de ediciones ni en la cuantía del elogio.

Dice Jean Cassou: «Lo tengo por un hombre de mejor compañía que Rabelais, Montaigne y Shakespeare, más gentil-hombre, sí, más gentilhomme, más elegante, noble y discreto en el sentido que esta palabra tiene en el español de la época —*discreto*— y que implica todas las delicadezas del corazón y del juicio. Y esa gentilhombría le permite, sin ridículo alguno, mostrarse bueno. Bueno a la perfección. La bondad de Cervantes es el rasgo que en él domina más vivamente. Una bondad fraternal, evangélica, de la cual no hay ninguno de sus personajes que no esté iluminado.

«En un siglo que fué de oro, pero también de sangre, Cervantes ignora, hasta el término de sorprendernos, la violencia, la venganza, los placeres de la dominación y de la crueldad».

«Es una naturaleza angélica», afirma.

Y aún: «Es menester amar a Cervantes, es preciso amar a don Quijote y Sancho Panza, es preciso acompañar a los tres a través de sus vicisitudes. Han sido los tres, y lo son eternamente los hombres mejores y más humanos».

¿Cómo interpretar esta Biblia Civil escrita por Miguel de Cervantes?

El Quijote es el espejo de hombres futuros, del hombre en que lo ideal deja de ser aspiración para concretarse en forma de vida. No sólo en norma, sino en forma; es decir, en función vital. El hombre conoce su imperfección, sabe que por un lado van las aspiraciones, las normas de lo que puede ser el recto sendero, el camino que a toda perfección conduce, y por otro las formas corrientes de vida, aquello que determina la flaca naturaleza y las no contenidas imperfecciones, siempre en libertad, siempre por nosotros toleradas; el hombre conoce su imperfección, digo, y por eso admira en su esencia moral al Hidalgo, y de ella ser cautiva. Espejo ha de ser el Quijote de hombres que un día serán; de hombres cuya perfección adivinamos a través del ingenio de Cervantes; prefiguración de lo que puede ser un día nuestra especie. Cervantes supo, porque es lo propio del genio asomarse por encima del arco del tiempo. Supo y de ese saber, de ese prefigurar, de ese querer, don Quijote brotó como una flor de milagro. Brotó para ser semilla.